

# *Los amantes del cable coaxial.*

*Ana Doblado Gómez*

[*Los amantes del cable coaxial.* Relato breve sobre una historia de amor vinculada a la radioafición.]



Los amantes del cable coaxial is licensed under a

[Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Unported Licensed](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/)

*A todos los que sienten la radio como algo más que un pasatiempo o un modo de comunicación.*

## **1. El final.**

Belén se sentó como todas las tardes al lado de su padre para merendar su vaso de zumo de melocotón y su trozo de pan con chocolate. Mientras tanto, su hermano pequeño en el baño batallaba con su madre para evitar tener que ducharse.

De fondo se oía a los contertulios del QSO discutiendo sobre la conveniencia de montar la antena de base sobre el mismo mástil de la antena de la tele. Mientras todos discrepaban, Tauro se mantenía firme en su idea para ahorrarse los mástiles en la azotea.

Con sus enormes ojos marrones, las manos y los labios llenos de chocolate, Belén miraba a su padre, que de vez en cuando echaba un ojo a la Superstar 3900 intentando no perder hilo del tema. Tras mucho batallar y negociar, por fin Romén entró a ducharse.

A sus once años, Belén tenía las cosas muy claras y era ejemplo de niña responsable y aplicada. Pero también tenía fama de ser una auténtica pesadilla parlante. Su padre, cada vez que salía de casa temía

por los finales de los equipos pues varias veces se los había encontrado fundidos de los largos parlamentos de Belén. Por otro lado, el pequeño Romén, apenas si se acercaba a los equipos.

Por lo que decían los contertulios, Belén era igual que sus padres, mientras que Romén no se sabía a quién había salido, a pesar de que tenía la misma cara de Ovidio cuando tenía su edad, pero con el pelo rizado y rojizo de su abuela materna.

- Atento Ovidioooooo... -como todas las tardes sobre las seis de la tarde, encendía filamentos estación Copérnico desde su trabajo en el centro de conservación de especies.

Corriendo a contestar, Belén acudió a la llamada. Por su parte, Ovidio fue a la cocina a fregar los cacharros de la merienda para sentarse junto a Belén en la mesa del salón donde estaba le emisora.

Los compañeros de radio tras saludar a Copérnico continuaron, como todas las tardes, hablando de antenas, emisoras, cables y arreglando el mundo y desbaratándolo hasta las 12 de la noche.

De vez en cuando salía alguna nueva estación o alguna se quedaba en QRT durante una buena temporada. Dentro de lo que cabía, había actividad aún en banda ciudadana a pesar de la persecución por parte de la Administración de Telecomunicaciones, que quería dejar esas frecuencias para la transmisión de datos de los contadores electrónicos, 12 años atrás.

- Copérnico, estamos hablando de que Tauro quiere colocar la antena de 27 en el mismo mástil donde tiene la antena de la tele – comentó con algo de guasa Ovidio.

- Lo que hay que escuchar, Tauro –Copérnico le comentó con cierta guasa-. Te tenía por alguien responsable, membrillo, ¿cómo se te ocurre esa burrada?

- Y lo soy, lo que quiero es no tener otro mástil. Y ahorrarme un dinerito gracioso para comprarme una emisorilla que he visto por Internet.

- Eso es dinero, tacaño, es un doble gasto y encima te vas a pegar triple trabajo: montarla, cuando veas que te deja sin tele y que no llegas ni al QTH del Corzo, desmontarla otra vez y montarla separada. ¿Qué emisora has visto? –contestó con su portentosa voz de fumador Juan Camino.

Con Romén envuelto en una toalla y en brazos, Inés cruzaba el salón. Se paró en seco y le quitó el micro a su marido para decirle a Tauro que se dejara de tonterías y que pusiera la antena en mástil aparte de una vez y punto.

## **2. El QSO local y los vecinos.**

Inés y Ovidio eran uno en cuanto a radio se refiere. Ambos pensaban igual aunque fuera de los 27, eran un matrimonio con sus broncas y sus diferencias personales, sus gustos independientes y amistades diferentes.

Los compañeros de QSO sabían bien esto desde que Ovidio la conoció por culpa de una interferencia. Hay muchas historias de amor a través de la radio, pero tal vez pocas provocadas por las interferencias de una emisora. Así fue cómo se conocieron y empezaron a salir los padres de Belén y Romén.

La combinación de comunidad de vecinos y radioafición siempre ha sido muy peligrosa y la causante de infinidad de desavenencias, problemas legales, odios, etc. Y la comunidad donde vivía Ovidio no era una excepción.

Odiado por sus vecinos, Ovidio había instalado su antena y había montado los equipos en la casa familiar. Tras innumerables reuniones de vecinos, pruebas endiabladas para demostrar hasta el hartazgo que no ocasionaba interferencias y más de una denuncia, los vecinos lo habían aceptado a medias.

Como buen radioaficionado, era cuidadoso con su instalación, siempre estaba dispuesto a ayudar a cualquier vecino que lo solicitara (con tal de evitar más disgustos en su familia) y se desvivía por su afición. Alguna vez se encontró con el cable de la antena cortado adrede, aunque nunca supo quién lo hizo, por eso el día que habló por primera vez con Inés más que hablar gritaron.

Inés era la hija del vecino con el que más problemas tuvo Ovidio a la hora de conseguir montar su base. Por aquel entonces, Inés tenía 23 y Ovidio 27, aunque se conocían desde pequeños nunca habían cruzado más de un hola, adiós, se han equivocado en la correspondencia.

## **3. Una curiosa manera de pedir socorro.**

Una tarde que Inés subió a la azotea del bloque a tender la ropa tuvo la mala suerte de quedarse encerrada. Bueno, más bien fuera, porque no pudo abrir la puerta para entrar al edificio.

Después de hartarse de llorar al ver que no podía abrir la puerta, que no tenía teléfono móvil para llamar, se puso a gritar por el patio de

luzes con la esperanza de que alguien la oyera y subiera a abrirla la puerta. Tras media hora gritando y ver que nadie le contestaba, comenzó a dar vueltas por la azotea asomándose de vez en cuando al patio de luces gritando. Mirando hacia las ventanas, observó que había luz en la ventana de la habitación de Ovidio.

Tras llamarlo y este no enterarse, pues estaba hablando por la emisora, Inés ya desesperada, pensó en llamar su atención pegando tirones del cable de la antena, el cual bajaba por el patio de luces hasta la ventana de su cuarto.

Pegó varios tirones suaves pero no consiguió llamar su atención. Respiró profundamente y con las dos manos, tiró con fuerza del cable rg 58 que unía la antena y la emisora con tal mal resultado que ella cayó de culo, arrancó el cable de la antena y además movió la emisora en la mesa de su dueño hasta ponerla casi en el filo de la ventana.

Asustado por el movimiento paranormal del que había sido víctima, Ovidio miró la emisora y comprobó que no tenía señal de la antena, que no recibía. En un estado de ánimo que solo una persona que lleva toda su vida rodeada de antenas y equipos puede comprender, apagó la emisora, quitó el cable de la emisora y empezó a tirar de él hasta que tuvo todo el cable, incluido el PL que va en la antena sobre su mesa. Blanco como la pared, salió corriendo de la habitación, subió en el ascensor y en la puerta de la azotea vio unas llaves.

Intentó sacarlas pero no pudo. Comenzó a dar tironazos, apoyó el pie en la pared y de vez en cuando pegaba patadas insultando al desgraciado que le había arrancado el cable. Al otro lado de la puerta, Inés lloraba intentando abrir la puerta también.

Tras un forcejeo, la puerta se abrió. Inés se había quedado afónica de tanto gritar, con los ojos rojos y sin fuerzas tras estar en la azotea durante más de 5 horas, cayó derrumbada al suelo. Sin entender nada, Ovidio se fue para ella insultándola y con intención de asestarle dos sonoras guantadas por haberle arrancado el cable de la antena.

Ella reaccionó llamándolo subnormal y loco entre lágrimas, sentada en el suelo mientras intentaba taparse la cara con las manos temblorosas y sucias. Cuando el llanto le dejó hablar le dijo que llevaba toda la tarde en la azotea y que no podía abrir la puerta. Había estado gritando por el patio de luces y nadie le había contestado. Vio luz en su cuarto y lo había llamado pero no le había contestado. Solo pensó en llamar su atención para que le abriera la puerta.

Este primer encuentro dejó en ambos mal recuerdo. Tan mal recuerdo que auguraba una bronca aún más gorda cuando volvieran a verse.

#### **4. Las consecuencias del rescate.**

Al día siguiente, Ovidio subió a la azotea a mirar la antena y a bajarla para ver el destrozo. Disgustado por su instalación, bajó a la calle para ir a la tienda a por las piezas que necesitaba. En el ascensor coincidió con Inés, que llevaba el brazo en cabestrillo con una pañoleta. Bajo un silencio tenso, bajaron.

Ya en la puerta del edificio, Ovidio le dijo que el destrozo de la antena le iba a salir caro. Que iba a denunciarla. Por su parte, Inés, con gesto serio le pedía apenas sin voz que no lo hiciera que ella le pagaba el destrozo que no quería darle disgustos a su padre. Que ya bastantes tenía con la comunidad.

- Estoy harto de este bloque. Todos habéis echado detrás de mí desde que monté la antena. Estoy hasta las narices, por no decir otro sitio, de que me puteéis el cable de la antena y que siempre sea yo el culpable de todo. En cuanto tenga dinero, me cambio de piso y que os den a todos.

- Solo quería que alguien viniera a abrirme la puerta de la azotea. Que me había quedado encerrada y no podía abrirla. Eras al único que vi y como no me escuchabas, solo pensé en la forma de llamar tu atención para que te asomaras a la ventana y vinieras a abrirme la puerta.

- ¿Pero tenías que arrancar el cable de la antena? Te pasaste, muchacha. Esa instalación no es ni sencilla ni barata. Ahora me va a costar bien el dinero y encima tengo que hacerlo todo solo.

- Lo siento, no quería romper nada, solo quería que te dieras cuenta que estaba allí –levantó un poco el brazo lastimado como enseñándoselo.

- ¿Cuánto tiempo estuviste en la azotea sin poder entrar? ¿Cómo te hiciste eso en el brazo?

Inés bajó la cabeza y dijo que no importaba, que ya había pasado y le dio las gracias por subir aunque fuera a gritarle. Ella sacó de su bolso un pequeño monedero y le preguntó por el precio de una antena nueva y de lo que había roto. Con cara de otro, Ovidio no dijo nada. Se despidió y desapareció deprisa, casi corriendo.

Ovidio montó la antena de nuevo y no denunció a Inés. La cosa se quedó en una anécdota para comentar con los contertulios, que incluso con un toque de guasa le preguntaron si era guapa la chica y si tenía novio. Ovidio se mosqueaba y decía que pasaba de su comunidad.

## **5. El segundo encierro y el segundo rescate.**

Pasaron varias semanas hasta que volvieron a cruzarse por el edificio los dos vecinos. En esta ocasión fue Ovidio el protagonista de un encierro, pero en el ascensor producto de un apagón general. Por suerte para él, Inés que estaba esperando abajo el ascensor, vio que se había quedado parado entre dos plantas y llamó al servicio técnico para que fueran a poner bien el ascensor.

Cuando abrieron las puertas del ascensor y vieron a Ovidio con la cara descompuesta y con un ataque de ansiedad, no pudieron evitar pensar que llevaría horas, en vez de solo media hora. Inés bajo su seriedad y su indiferencia, recordó el incidente en la azotea pero calló. Ovidio le echó una mirada de odio que no pasó inadvertida para los técnicos del ascensor. No se dirigieron la palabra.

## **6. El radiocasete de Inés.**

Pero fue el tercer encuentro dos meses después del silencio del ascensor donde sí hablaron de lo sucedido. Fue en la azotea precisamente. Coincidieron sin querer ella tendiendo y él revisando otra antena que había colocado.

Mientras Inés miraba de reojo las maniobras de Ovidio para desmontar la antena, Ovidio no podía dejar de mirar con algo de desconfianza a la vecina.

- ¿Es verdad que los radioaficionados están todos locos? -Ovidio levantó la vista del destornillador y de la antena. Soltó un ruido como una carcajada sorda y no le contestó- mi padre dice que muy bien de la cabeza no estáis, que las antenas esas provocan cáncer. Y que sois muy raros.

- Toma, -Ovidio desmontó una parte de la antena y se la dio a Inés- a ver si te da calambre o te provoca cáncer –se rió con un poco de mala leche- las tonterías que hay que escuchar –agachó la cabeza y siguió a lo suyo.

Inés se acercó y le puso el trozo de antena al lado, después siguió tendiendo la ropa. De vez en cuando se miraban a saber con qué tipo de pensamientos, pero desde luego no amistosos.

- ¿Es verdad que te tiras sin salir de la habitación días hablando por la radio?

- ¿Siempre preguntas tantas tonterías?

- Oye, no te enfades era curiosidad. Intentaba ser amable.

Con el cubo de la ropa vacío en la mano, Inés se fue sin despedirse de Ovidio. Solo en la azotea, Ovidio miraba su antena desmontada y se decía para sí “la gente está fatal, lo equivocados que están pensando que somos extraterrestres... bueno, ellos se lo pierden, con lo divertido que es esto”.

Al rato, Inés subió a la azotea con su radiocasete de pilas de la primera comunión y se fue para Ovidio.

- No sé qué le pasa, pero cuando era pequeña se me cayó y desde entonces la radio no le va. Dice mi padre que seguro que sabes arreglarla, que si manejas aparatos tan complicados, esto seguro que lo sabes arreglar.

- A ver, deja –le quitó de las manos el radiocasete y empezó a mirarlo con curiosidad supina- dices que se te cayó... ¿El casete funcionaba?

- Si, el casete va bien es la radio.

De cuclillas, Ovidio desmontó la carcasa del radiocasete y lo examinó. La cara de Ovidio cambió hacia Inés. Tras un rato mirando y analizando el aparato, se reincorporó diciendo:

- Tiene desoldado un transistor, creo que es eso. Si no te importa, me lo llevo a casa y te lo sueldo y dentro de un rato te lo llevo al piso.

- Muchas gracias, le tengo mucho cariño lleva conmigo muchos años y me da lástima tirarlo.

- De nada, de nada –se volvió a su antena para volver a montarla. Tras un silencio Ovidio levantó la vista y vio que Inés seguía de pie observándole- alárgame el destornillador mediano de la caja de herramientas, anda.

Inés hizo lo que le dijo y se lo dio en la mano.

- ¿Puedo ayudarte?

- No, no hace falta. Gracias.

De reojo, la observaba y pensaba “¿y a esta que le ha dado ahora?”. Ella, por su parte, intentaba hablar con él pero no le salían las palabras. Tras un rato, con cierta tristeza se dio media vuelta y desapareció de la azotea.

## 7. El regalo de Inés.

Al día siguiente, Ovidio le llevó el radiocasete arreglado a Inés ya arreglado y funcionando. Inés quiso pagarle, pero él no quiso nada, ni siquiera la invitación a tomar un café en casa.

Esa tarde el QSO de los compañeros de Ovidio trató sobre antenas y sobre vecinos. Por su parte, Inés estaba a esa hora en la tienda donde Ovidio compraba los componentes y los equipos. Buscaba un regalito para hacerle en pago al disgusto de la antena y por arreglarle su radiocasete.

Sin saber cómo pedirle nada y tras media hora mirando vitrinas, se acercó al mostrador y sin saber muy bien cómo hacerlo, preguntó por equipos de radioaficionados, como quien no tiene ni idea. Como que ella no tenía ni idea.

El dependiente, con cara de otro, le preguntó qué era lo que quería.

- La verdad es que no tengo ni idea. Quiero regalarle algo a mi vecino, que le he roto la antena.

El dependiente, se sonrió e hizo un gesto como sabiendo de quién se trataba el vecino.

- ¿Y qué es lo que quieres exactamente o qué habías pensado?

- No sé, algo que le guste a un radioaficionado. Seguramente conozca a mi vecino, es radioaficionado y tiene antenas de esas raras.

- Así son los todos radioaficionados. ¿Sabes que antenas tiene y que equipos?

- Las antenas son muy raras y los equipos, son de esos con los que habla con la gente. No sé la marca. ¿Cómo se llama tu vecino? Si lo sabes...

- Esa es fácil, Ovidio. Todos lo conocemos como el radioaficionado.

- Ya, me lo suponía. El otro día estuvo por aquí para encargarme un micro. Lo han traído ya hoy. Lo ha dejado pagado pero aún no se lo ha llevado. Estuvo mirando antenas para el coche y le gustó aquella gris y azul, pero no se la ha llevado. Decía que igual se llevaba una para la semana que viene.

Inés tomó en su mano la antena y la miró. Miró el precio y bufó. "No me pensaría en la vida que un cacho de alambre fuera tan caro". Pagó la antena, le dijo que se la envolviera para regalo y se la llevó sin decir nada.

Ya después de cenar, Inés subió a casa de Ovidio. Le abrió la puerta su madre que le preguntó qué quería. Fue a llamar a Ovidio a la habitación. Salió y se quedó blanco cuando vio que Inés tenía un paquete envuelto en papel de regalo.

Con una cara indescriptible, Ovidio se decía para sus adentros, "esta chavala está loca perdida, ¿a santo de qué se presenta en mi casa con algo? ¿Se puede saber qué le ha dado conmigo a la tipa esta?". Tras rehusar el paquete, finalmente lo abrió y vio la antena. Aún más blanco, miró la antena, miró a Inés y solo atinó a darle las gracias. Puso la antena en su bolsa y la bolsa con la antena dentro del papel de regalo.

- No puedo aceptarla, es muy cara, demasiado cara. Devuélvela a la tienda y quédate con el dinero.

- De eso nada. Es un detalle por la antena que te rompí y por arreglarme el radiocasete. Por el precio no te preocupes, es un regalo. Más cara es la que te rompí yo sin querer. Acéptala, es un regalo de buena voluntad –sonriendo le dijo- ah ya te han traído tu micro nuevo,

pásate por la tienda a recogerlo. Si no te gusta la antena, la devuelves y te compras lo que necesites.

- No, no... Qué va. Si es la antena que quería –Ovidio se abrazó a la antena, que ya no la soltaría aquella noche.

Mientras su madre e Inés se sonreían, Ovidio se había olvidado de todo. Solo pensaba en que tenía la antena de móvil que quería y que no se había atrevido a comprar. Pensaba en cuándo probarla, olvidándose por completo de que había sido Inés la que se lo había regalado.

Inés regresó a casa, con una sonrisa y con la conciencia más tranquila. Se sentía que ya no le debía nada a Ovidio.

## 8. Probando la antena de móvil.

Al día siguiente, coincidieron a la hora de comer en el ascensor. Se saludaron en un tono mucho más cordial y estuvieron charlando acerca de la antena.

- Es fabulosa, muchas gracias, no tenías por qué haberte molestado. Va estupendamente.

Tras aquel breve encuentro, no volvieron a verse hasta pasados unos días. Esta vez fue en el supermercado del barrio. Esa tarde, ambos volvieron a casa juntos hablando de comida y sobre la preparación de varios postres.

Parecía que había buena armonía entre los vecinos. Mientras subían en el ascensor, Ovidio no pudo evitar mirar a Inés de otra manera, que no como la hija del vecino o la que le arrancó el cable de la antena.

Ella no se percató. A Ovidio no se le había pasado por alto que era muy guapa la chica, aunque hasta esa tarde no lo comentó con nadie.

Aprovechó que estaba solo en el piso para hablar de la vecina y del regalo de la antena a sus compañeros de QSO. Alguna sonrisilla se escapó con algo de malicia al otro lado del micro, pero no comentaron nada.

Seguramente, muchos de los contertulios se estarían pensando cómo sería la vecina pero tras la reacción de la vez anterior en la que le preguntaron por si era guapa y la respuesta que les dio Ovidio, prefirieron callar.

Un día cualquiera, estaba Ovidio en la calle en el coche mirando no sé qué cosa cuando pasó Inés y lo llamó. Esa fue la primera vez que Inés vio la antena que le había regalado a Ovidio puesta.

- ¿Desde aquí hablas igual que desde la casa? –preguntó Inés pensando en la largura de la antena, que medía más de 2 metros.

- Igual –se quedó un rato callado como pensando- ¿nunca has visto una emisora de banda ciudadana?

- Sí en la tienda cuando fui a por la antena.

- Esta es la que yo tengo –haciendo un gesto con la mano para que se acercase al coche y se asomara por la puerta del copiloto para verla- es una President Taylor II, tengo una Galaxy Saturno II para el coche, pero hoy he montado esta.

- Ah, vale –como si le enseñan una caja de zapatos y le dicen que eso emite- nunca las he visto así de cerca.



Ovidio se sonrió, pensando que la chica era medio tonta y que de verdad no tenía ni idea.

- Esto es el micro, por aquí se habla.

Inés mira fijamente a Ovidio y se despide diciendo “otro día me explicas más de este hobby tan curioso, pero tengo prisa”. Entra corriendo y coge el ascensor.

Ovidio siguió a lo suyo pensando que Inés era un poco rara, pero que tenía curiosidad por la radio y eso era bueno. Por un extraño motivo, volvió a hablar de ella a sus compañeros de radio sobre la parada de Inés viendo los equipos.

## 9. El arreglo de costura.

Una tarde casi seis meses después del altercado con el cable de la antena, Ovidio fue al piso de Inés. Le abrió la puerta su padre, que lo miró con cierta cara de extrañeza y algo de enfado y le preguntó qué quería.

- Venía a preguntarle a Inés, si sabe coser, necesito un arreglo en una mochila.

- Sí, sabe pero ¿por qué ella?

- Es que no conozco a ninguna otra persona que cosa y hace poco se lo oí comentar a una vecina.

- Voy a llamarla.

Inés sale de la habitación extrañada de que fuera a su casa, sabiendo que su padre no lo tragaba.

- Se me ha roto la mochila de los equipos y quisiera que me la arreglaras, si puedes, claro. Me dices cuanto es el arreglo y te pago lo que haga falta.

- No te preocupes, no sale caro. Para pasado mañana la tienes arreglada –cogió la mochila, la examinó y la puso encima de un montón de bolsas con tareas de costura que tenía.

- Eso es todo. Venga, hasta pasado mañana.

- Hasta luego.

El padre de Inés cerró la puerta y miró a su hija en tono ¿qué está pasando aquí? Inés se hizo la sueca pero ante la pregunta directa de su padre, no pudo escaquearse.

-Te llevas muy bien con el vecino. ¿A qué se debe?

- Nada, es el vecino. Me lo he encontrado varias veces en el ascensor y no voy a no saludarlo. Además, así me saca un dinerillo, bueno es.

- No hace falta que se lo hagas al tonto mareado ese de las antenas.

- Se lo hago porque quiero, que quede claro –se volvió para su habitación y volvió a ponerse a leer.

Inés había terminado el año antes magisterio de primaria y se estaba preparando oposiciones. Desde pequeña, su ilusión era ser maestra y es lo que había estudiado. Con sus compañeros de clase salía como cualquiera, pero no tenía novio, a pesar de que pretendientes no le faltaban.

Sentada en su mesa de estudio, devoraba los libros como si se fuera a acabar el mundo. Era una ávida lectora. Pero no se podía concentrar esta vez, no era capaz de pensar en otra cosa que no fuera la mochila de Ovidio. Así que fue al salón y la cogió. Dejó lo que estaba haciendo y se puso a coserla.

Esa misma noche se la llevó a casa de Ovidio, que no estaba y se la dejó a su madre. Le dijo que el arreglo no era nada. Cuando el padre se dio cuenta que no estaba la mochila, le preguntó si se la había devuelto y le contestó que sí, que no tenía tiempo para arreglársela. El padre no volvió a preocuparse más por la mochila.

#### **10. La invitación a tomar café.**

Pasaron los días, y como quisiera la casualidad, salía Inés del supermercado y la viera Ovidio desde el coche y le pitase, él le dijo que se subiera y ella aceptase para que la llevase a casa. En el corto trayecto de escasos 10 minutos, ella no dejó de mirar la Saturno II, apagada, sobre el salpicadero. Sentada en silencio, durante el trayecto, miraba de reojo también a Ovidio.

Al llegar al bloque, se quedaron un rato en silencio hasta que Ovidio le dijo casi sin pensarlo si quería subir a casa a tomar un café. Ella, sin esperárselo y sin saber qué decir, sonrió y asintió mientras que él cogía las bolsas de la compra y se las llevaba al ascensor. Sonriéndose mutuamente, se despidieron en el ascensor.

Sobre las cinco de la tarde, Inés subió al piso de Ovidio, que estaba solo en casa. En el salón, Ovidio había sacado un par de tazas, la caja de pastitas que tenía su madre para las visitas y un par de copas de licor.

Dando el primer sorbo al café, llamaron al porterillo. Eran dos compañeros de radio de Ovidio, nada más y nada menos que Copérnico y Tauro. Subieron al piso y se auto invitaron a la velada. Tras presentarlos, estuvieron un buen rato hablando de cacharros sin que Inés entendiera mucho de qué iba la historia. Llegó un momento, en el que ella se sintió fuera de lugar y decidió retirarse sin apenas querer llamar la atención de Ovidio que veía con tristeza cómo salía por la puerta.

Copérnico, que a pesar de su actitud de indiferencia hacia todo, se había dado cuenta de la huida en desbandada de Inés y le preguntó si su novia se había enfadado, por la visita. Ovidio se percató de los pensamientos de Copérnico.

- Es mi vecina, la que le dio el tironazo al cable de la antena.

- Ah, vale, vale... La vecina loca. ¿Y que hacía en tu casa? – le preguntó Tauro.

- La había invitado a tomar un café. Es una chavala muy maja y se curró para que se me pasara el enfado el regalarme la antena que me iba a comprar para el coche.

- Entonces es una tía enrollada, aparte de guapa. Vaya fémina que tienes de vecina, macho –se sonríen los tres con algo de picardía.

El resto de la tarde, Inés se quedó en su casa sintiéndose tonta por haber subido. Se sintió como si hubiera estado de más, mientras que Ovidio y sus compañeros hablaron no sólo de ella sino de una cacería del zorro que estaban preparando.

Un poco reacio a asistir, Ovidio puso de excusa que no tenía compañero para la cacería y por este motivo argumentó que prefería quedarse como base durante la prueba.

- Dile a tu vecina que sea tu copiloto –le propuso con cierto tono de guasa, pero hablando en serio y muy en serio Tauro-. Igual le gusta esto de las cacerías del zorro y se apunta. ¿No dices que es tan enrollada?

- Paso de decirle nada, creo que no le va a gustar ni creo que quiera venir después de haber dejado que se fuera así, sin más.

-Pero, Ovidio, ¿a ti te gusta?

- Hombre, gustarme no, caerme bien, sí. Hace meses que la vengo tratando y es una chica muy maja. Se puede hablar de todo con ella y siempre tiene una sonrisa y una palabra amable.

- O sea, que te gusta –comentó entre codazos Copérnico, que se limitaba a mirar los equipos y a escuchar, como si no fuera con él la cosa. Ovidio puso cierta cara de no entender, o de no querer entender.

- Ya veremos si le digo que venga, el no lo tengo, a ver si quiere venir.

Cayó la noche cuando se fueron los dos visitantes y Ovidio bajó al piso de Inés a disculparse. Según su madre, ella no estaba en casa por lo que no puedo hablar con ella.

### 11. La proposición.

Al día siguiente, Ovidio hizo por verla, pero ella, como si lo supiera, lo evitó. Así estuvieron una semana, él haciendo por verla y ella evitando cruzarse con él. Hasta que por casualidad, Ovidio bajando en el ascensor coincidió con ella, que no tuvo más remedio que bajar con él.

Él le preguntó si estaba enfadada y ella le respondió con un no seco. Por lo que dedujo que sí. Cuando salieron del ascensor, le preguntó si querría acompañarle a la cacería del zorro que estaban organizando él y sus amigos.

- Que va, no me gusta eso de matar animales.

- No, no, las cacerías del zorro son unos juegos que se hacen entre radioaficionados. Un coche se esconde y por la emisora el conductor empieza a hablar para que los otros participantes lo encuentren. Es muy divertido y después haremos una cena y habrá un guateque con copas y baile, anda, ven conmigo, que no tengo copiloto...

- Vaya chorrada, ¿y por qué no te llevas a tus amigos los que estuvieron en tu casa el otro día? Ellos seguro que son mejores copilotos que yo y seguro que te lo pasas mejor con ellos que conmigo.

- Ellos van, pero ya tiene copilotos. Además, ellos me han dicho que quieren que vengas tú, que le has caído muy bien. Venga, aunque sea un rato, cuando te hartes, te traigo a casa.

Bajo una expresión de indiferencia, Inés evitó contestarle y se despidió con un simple ‘hasta luego’.

### 12. La coincidencia en el parque.

Llegó el día de la cacería y Ovidio, sin copiloto, se dirigió al local donde habían quedado como base de la prueba. Con el coche estacionado en la explanada anterior del local junto con los demás que participarían. También había cerca un jardín con parque de juegos infantiles y bancos de piedra, donde tenía costumbre Inés de irse con sus amigas por las tardes-

noches los días de verano. Esa noche, estaba Inés con tres amigas suyas charlando y echando unas cervezas.

- Mi vecino ya ha llegado –dijo Inés a sus amigas tras un silencio prolongado- no sé por qué me ha caído tan mal que me dejara de lado el otro día en su casa. Ni siquiera se había dado cuenta de que me había cambiado de peinado y me había arreglado.

- Los hombres son tontos, no se enteran de nada. Si te ha insistido para que fueras con él es porque le gustas, pero no se lo pongas fácil, que se lo trabaje –le sugirió la que más tarde sería la estación La Vigía.

Tras otro silencio, las cuatro amigas siguieron con la vista otro coche con antena larga que llegó al local. Era el de Copérnico, que llegó con Tauro de copiloto. Ambos se dieron cuenta de la presencia de Inés y de sus amigas y les pitaron mientras que Tauro le comentaba por la emisora a Ovidio que su vecina estaba con unas amigas en el jardín y le decía que saliera del local y que fuera a por ella y de paso se trajeran a las amigas.

Una vez se encontraron en la explanada del local los tres compañeros de radio se saludaron y Ovidio, que no se había percatado de la presencia de Inés, echó una mirada de reojo al jardín donde estaban ellas. En contra de su voluntad, se le escapó una sonrisa que apenas si se le notó.

-Paso de llegarme, para que me diga que no quiere venir.

-Vamos contigo y que nos presente a sus amigas, que no veas las niñas como están –comentó como siempre, Tauro con ese sentido del humor que le caracterizaba ya desde entonces.

-Venga, vamos –salió andando Copérnico.

Cruzaron la calle bajo la mirada de las chicas que murmuraban entre ellas.

- Inés, estamos en el local de enfrente con lo de la cacería que te comenté. No sé si recuerdas a mis amigos...

- Sí, sí, claro que me acuerdo –contestó con cierto tono de ironía, se levantó y los saludó dándoles a los tres dos besos fríos y distantes, de compromiso- aquí estamos echando un rato de charla, si eso después nos llegamos.

- Venga, veniros –dijo Tauro con un tono sonriente a Inés, mientras que escaneaba a las amigas de Inés, con la intención de que ellas dijeran algo, o por lo menos que se las presentaran.

- Lo dicho, que si eso, después nos llegamos –le respondió Inés, dándole largas.

Los chicos se fueron, algo decepcionados, pero con la sensación de que ellas irían al final.

### **13. Cuando ellas entraron en el local.**

Tras un buen rato, tal vez una hora, Inés y dos de sus amigas se presentaron en el local. La otra, se fue tras la llamada de su novio. Con los ojos como platos, Ovidio vio como entraban en el local, donde fue corriendo a recibirlas.

- Al final habéis venido –sonriente sin poder evitar demostrar su alegría.

- Claro, si Inés dice que a lo mejor venía, significa que igual venía –le contestó una de las amigas mientras que buscaba con la mirada a Copérnico.

- ¿Queréis tomar algo? Vamos a la barra -invitó a las tres a lo que quisieron- después de la cacería haremos una barbacoa y estaremos de fiesta os quedaréis ¿verdad?

Inés presentó a Ovidio a sus amigas, mientras que Tauro y Copérnico entraban en el local y se iban directamente a donde estaban ellos. Ellos solos se presentaron e hicieron una maniobra consentida de dejar solos a Ovidio y a Inés, que se quedaron cómodamente charlando.

Empezaba la cacería y Ovidio, le volvió a pedir a Inés que se fuera de copiloto con él en el coche. Después de que la convencieran las amigas, Copérnico y Tauro, aceptó. En 5 minutos, Ovidio le explicó a Inés cómo tenía que hablar por la emisora, le enseñó a interpretar la señal del s-meter y las palabras básicas para que supieran de lo que estaban hablando. Por su parte, las amigas de Inés se fueron en el coche de Tauro con él y con Copérnico.

Inés, no quiso hablar por la emisora y se limitaba a decirle a Ovidio la posición de la aguja de cada persona que modulaba, fuera el zorro o no. A cada rato, Ovidio le preguntaba por si se aburría, pero Inés, al contrario, se estaba divirtiendo cada vez más escuchando a la gente buscando al zorro y riéndose con las ocurrencias de los participantes.

#### 14. ¿Una casualidad o una encerrona?

En uno de los caminos donde se metieron, terminaron atascados y sin posibilidades de salir. Avisaron por la emisora para que vinieran a

sacarlos, pero tardaron un buen rato en contestar e ir a sacarlos del barro. Se salieron del coche a esperar.

- Me está gustando esto de la cacería del zorro. ¿Y esto en verdad sirve para algo?

- Es una forma de juntarnos los amigos, de pasárnoslo bien y sobre todo de salir. En las cacerías grandes como esta, hay premios para los que encuentren el zorro. Generalmente son cosas de radio, pero también hay premios en efectivo y otros tipos de regalos. Como verás, casi ninguna mujer conduce, casi todas van de copiloto. Hay pocas radioaficionadas.

- Y eso ¿por qué?

- No lo sé, porque no les gustará la radio digo yo -se sonrieron y se quedaron callados.

- A mi me está pareciendo muy divertido y mis amigas se lo están pasando muy bien. Tus amigos y ellas han hecho buenas migas.

- Pensaba que no ibas a venir, sobre todo después de la desbandada del día del café –arrancó a decir Ovidio mientras se miraba los zapatos llenos de barro.

- No pensaba venir, no quería ni verte. Me sentí tonta cuando llegaron tus amigos y fuera de lugar cuando empezasteis a hablar de vuestras cosas. Por eso preferí irme y dejaros hablando tranquilamente.

Durante un rato, volvieron a estar en silencio. Seguía sin venir ningún coche. Ovidio entró en el coche para llamar a ver si venían a por ellos. Entre bromas Tauro dijo que para qué querían que fueran si ellos dos solos estaban la mar de a gusto. Las amigas de Inés se oían reírse se fondo.

- Vaya tela con estos, lo que nos están haciendo. Vas a ver cuando pille a estos dos gilipoyas.

- ¿Cómo se habla por aquí?

- Pulsas, hablas y cuando termines de hablar sueltas –le comentaba mientras que le ponía el micro en la mano y cogía su mano y hacía el movimiento de pulsar y soltar.

- Haced el favor de dejaros de tonterías y venid ya a por nosotros. La broma no tiene ni puñetera gracia- les gritó Inés enfadada por la emisora, a lo que les respondieron todos con carcajadas, tanto los amigos como el zorro y los demás participantes.

Enfadados ya por la espera, entraron en el coche, pues ya refrescaba. Escuchando el transcurso de la cacería, para matar el rato, estuvieron repasando a los vecinos del bloque y Ovidio le contó las anécdotas con las antenas, que ya eran unas cuantas. En el transcurso de la conversación se entrecruzaron unas miradas y unas sonrisas de complicidad que hacían presagiar lo que se venía sintiendo en el ambiente desde que Inés entró en el local.

Hartos de esperar y entre bromas, se alternaron al micro no dejando hablar a nadie. En medio de la broma, Inés y Ovidio terminaron cara con cara hablando por el micro. Al soltar el micro, se quedaron callados. Inés le acarició la cara y le besó. Perplejo, Ovidio le devolvió el beso cogiéndole con ternura la mano que antes le había acariciado la cara.

Otro silencio que rompió una voz en la emisora que preguntaba por los “atascados”. Respondieron con tono de enfado al unísono mientras que veían coches acercándose y pitando. Los primeros en llegar fueron

Tauro y Copérnico, con las amigas de Inés. Preguntaron por la velada íntima.

- ¿Qué velada íntima aquí atascados y pasando frío? Además el coche está cada vez más hundido, así que menos hablar y más echar cables.

Mientras Inés se iba con sus amigas, Ovidio, Tauro y Copérnico se pusieron a sacar el coche mientras que hablaban del momento en el que se habían quedado solos. Las chicas por su parte también hablaron de ello, pero ni Ovidio ni Inés comentaron nada de lo que había pasado.

## **15. De nuevo en la base.**

Cuando volvieron a la base, todos prestaron atención a la llegada de “los atascados”. Mientras que Inés y sus amigas se quedaron en un lado del local, Ovidio y los dos personajes se quedaron en el opuesto, aunque se buscaban con la mirada y alguna sonrisilla de complicidad se cruzaron.

En el siguiente zorro, volvieron a salir, pero con una salvedad, Copérnico se quedó charlando con una de las amigas de Inés, mientras que Inés y Ovidio salieron de nuevo pero con más tranquilidad. Se subieron al coche sin decir nada.

- ¿Mañana tienes algo que hacer? ¿Se te apetecería que quedásemos para salir a tomar algo? -le preguntó Ovidio ya dentro del coche y donde nadie pudiera escucharles.

- Tengo planes, pero el jueves, si quieres, podemos ir a ver una exposición de cuadros que hace tiempo que quiero ver, si quieres, claro.

- Bueno, si quieres a las 5 te recojo y vamos a la exposición esa.

Siguieron con la cacería, así, entre las bromas. Inés fue aprendiendo aquella noche lo que era la radioafición en banda ciudadana y qué era una cacería del zorro. Ovidio, por su parte, se había convertido en maestro, había descubierto el placer de transmitir conocimientos sobre radio.

La cacería transcurrió si más incidentes y sin complicaciones. Ovidio e Inés no dejaron vislumbrar nada de lo que había pasado aquella noche. Cuando terminó la cacería, Copérnico hacía rato que se había ido con la amiga de Inés mientras que Tauro llevó a la otra amiga de Inés a su casa. Inés y Ovidio regresaron los dos juntos a casa.

#### **16. La exposición de cuadros y sus consecuencias.**

Al día siguiente, se vieron y fueron a la exposición. De camino, estuvieron comentando la cacería, pero en un primer momento, no hablaron de lo que pasó cuando se quedaron solos. Estando ya en la exposición tuvieron una charla donde ambos se sinceraron y decidieron verse más a menudo para salir y conocerse mejor.

Finalmente, esas salidas fueron las que formalizaron una relación en la que al principio, los padres de ambos no daban nada por ella, pues a priori eran dos personas demasiado diferentes. Pero el tiempo demostró que eran tal para cual. Decidieron no comentar nada hasta que ellos no lo vieron oportuno.

Llegado el momento, tal vez seis meses después, dieron a conocer su relación a sus amigos, que algo se sospecharon ya que los habían visto varias veces y Ovidio, no salía tanto por la emisora y algunas veces los habían visto juntos por la calle.

La consecuencia más importante fue que al año de estar saliendo, comentaron su intención de casarse, coincidiendo con el anuncio de boda de Copérnico con la amiga de Inés que conoció durante la cacería.

Como no podía ser de otra manera, una comitiva de coches con antenas de 27 precedía a los novios en ambas bodas, que se distanciaron 3 meses una de la otra y en la que los detalles de radio se hicieron más que patentes, como por ejemplo las invitaciones para la boda y el banquete como si fueran tarjetas QSL. Hecho que provocó que muchos de los asistentes, que no tenían ni la más remota idea de radio, no entendieran la invitación en un primer momento.

#### **17. El tiempo pasa, pero nunca en balde.**

Tras la boda, pasaron unos años en los que Inés conoció el mundo de la radio con más detenimiento y terminó por formar parte del QSO local; puesto que lo primero que hicieron al mudarse de casa fue montar un cuarto de radio y la correspondiente antena en el tejado.

Pero fue durante el primer embarazo cuando de verdad Inés se aficionó a los QSO y descubrió lo divertido de hacer DX, ya que por recomendación médica, tuvo que hacer reposo. En esos QSO de horas y horas, Inés conoció más a fondo a los amigos de Ovidio y también lo utilizaba para hablar con La Vigía que fue el mote de radio que le pusieron los compañeros de QSO a la amiga de Inés que terminó por casarse con Copérnico.

Una mañana cualquiera, Inés estaba hablando por la emisora cuando se notó molestias. Habían comenzado las contracciones que anunciaban su inminente parto. Ovidio aún estaba en el trabajo y aún le quedaban horas para regresar a casa. Inés avisó a la ambulancia, llamó a

Ovidio mientras preparaba el bolso para ir al hospital. Echó también el Walki que la acompañó hasta la puerta del paritorio, momento en el que ya estaba entrando Ovidio y donde dijeron que lo apagara.

Tras el parto, y ya en la habitación con la pequeña Belén dormida, Ovidio salió a la puerta del hospital y comunicó por Walki a sus compañeros de QSO que el parto había salido bien, que Inés estaba descansando y que habían tenido una niña.

En cuestión de hora y media, estaban todos con sus correspondientes X en la puerta del hospital para darle la enhorabuena y ver a Inés y a la niña a las que vieron cuando el médico los autorizó.

Durante los primeros meses, apenas si tuvieron tiempo para poder encender filamentos, pero a la que Belén tuvo año y medio, poco a poco volvieron a la radio. Aunque cuando podían, encendían los equipos para comprobar que estaban bien y para saludar a los compañeros de QSO y charlar un rato.

### **18. La armónica y el primer breiko.**

Si las primeras palabras de un hijo siempre emocionan, no menos supuso para este matrimonio de radioaficionados, la primera vez que le dieron el micro a Belén y le animaron para que dijera “Breiko”.

A ese breiko respondió Corzo, que desde ese momento, se convirtió en su padrino de radio. De hecho, para su sexto cumpleaños, le preguntó a Belén qué quería y esta sin cortarse le dijo “Quiero una directiva de 8 elementos”, que incluso para sus padres fue una petición por lo menos insólita.

Hartos de comprarle juguetes, Belén prefería entretenerse jugando con las piezas del cuarto de radio y con los cacharros viejos que tenía desperdigado su padre por la habitación. En cuanto tuvo un par de años más y aprendió a encender y ajustar las emisoras, su entretenimiento pasó a ser el ponerse a hablar con los hijos de los demás compañeros de QSO y de vez en cuando se metía a fastidiar a los operarios de maquinaria que utilizaban la frecuencia para comunicarse.

De hecho, su gusto por hablar, le hizo quemar los pasos finales de la Taylor II que tenía su padre cuando aún no salía con Inés. Aún sabiéndolo el padre, no le regañó sino que guardó todos los equipos bajo llave en el cuarto de radio cuando ellos no estaban, pero esa opción no gustó a Inés, que terminó por montar en el salón otra emisora.

### **19. El segundo positivo.**

Una mañana que Inés se levantó para ir al trabajo, notó cierto malestar que hizo que se quedara sentada en la cama durante media hora. Pensando en lo que le había pasado se puso a echar cuentas y se dio cuenta de que tenía dos faltas. Intentando tranquilizarse un poco, Inés fue al trabajo y de vuelta a casa paró en la farmacia para comprarse un test de gestación.

Tras realizar la prueba, se olvidó de ella en el baño de la habitación sin ver el resultado. Durante la comida, Inés le comentó a Ovidio lo que le había pasado al levantarse y le comentó lo del test de gestación.

-Pero ¿Qué es positivo o negativo?

- Ovidio, no lo he mirado, me acabo de acordar ahora mismo. Se me ha quedado en el baño de la habitación.



Ovidio salió corriendo sin dar tiempo a Inés a decir nada ni a levantarse y dejando la comida a medias. Volvió con el test de gestación en la mano. Miró el resultado.

-¿Qué ha salido?

-Inés, es positivo –Ovidio abrazó a Inés y se sonrieron. Llevaban meses intentando tener otro hijo.

Estuvieron hablando de la mejor manera de contárselo a Belén, que hasta ese momento, estaba acostumbrada a ser hija única.

A la pequeña Belén le dieron la noticia cuando llegó del colegio. Al principio pareció no hacerle mucha gracia el dejar de ser el centro de atención, pero terminó por asimilarlo, sobre todo después de ver a Romén cuando nació.

## **20. Las verticaladas y el Walki que se perdió.**

Para el primer cumpleaños de Romén, Ovidio e Inés organizaron una verticalada con vitamínico en el bosque, a la que acudieron los compañeros de QSO y los familiares más allegados.

Durante la merienda, los asistentes hicieron una pequeña cacería del zorro a pie mientras que las mujeres se quedaron en lo que se puso como base. Con todos los walkies encima de una mesa, los hombres preparaban la cacería sin prestar atención a que Belén había cogido uno y lo había escondido encendido cerca de donde estaban.

Cuando fueron a cogerlos, les faltaba uno. Cuando empezaron a preguntarse dónde estaba el Walki y quién lo había cogido, contestó Inés

con su vocecilla aguda que se lo había llevado el zorro y que fueran a buscarlo.

Desde que había nacido, había oído hablar de las cacerías del zorro y ella, sin haber caído en ello, pensó que el zorro era solo el Walki sin un operador que lo hiciera funcionar.

En ningún momento dijo dónde lo había escondido. Salieron todos a buscar el Walki, que por cierto, no encontraron en toda la tarde. Con la fiesta aguada y tras la bronca de Ovidio, que hizo llorar a Belén, Belén dijo dónde lo había escondido.

Estaba en el carrito de su hermano. Su padrino, Copérnico, viendo el interés de Belén por los walkies, le regaló para su cumpleaños una pareja de walkies rosa y verde para que jugase con ellos. En cierto modo, pensando en la integridad de los equipos de su padre.

Inés agradeció este regalo, sobre todo cuando Romén tuvo un par de años más. Aunque, desde que Romén cumplió los 4 años empezó a mostrar interés por los coches y por los camiones de juguete, apenas si le prestaba atención a los walkies de su hermana.

La segunda verticalada coincidió con la primera comunión de Belén. Los padres contentos y orgullosos de su hija le prepararon una cacería del zorro para los niños que asistieron al almuerzo.

El zorro fue en esa ocasión su padrino Copérnico, que se fue a esconder a su casa, que justo estaba enfrente del local donde estaban celebrando el almuerzo. Estuvieron toda la tarde entretenidos con el juego.

Inés y Ovidio recordaban, mientras veían a los chicos corriendo de un lado a otro, el día que se encontraron en la azotea cuando Inés le

preguntó si era verdad que las antenas de radio daban cáncer. Irremediablemente, Ovidio recordó el día en que Inés arrancó de cuajo el cable de su antena cuando se quedó encerrada en la azotea.

Aunque ese día no se rieron, ahora, 12 años después sí se reían. Los suegros, a pesar de las rencillas, terminaron por aceptar la relación e incluso, el padre de Inés, terminó con una emisora de 27 y una antena en su casa para hablar con su hija y con sus nietos.

El QSO local bullía de vida todas las tardes hasta bien entrada la madrugada. De hecho, las tardes era cuando podían disfrutar toda la familia de la radio, aprovechando la merienda de los niños hasta la hora de la cena.

Dentro de lo ajetreado de la jornada, el momento preferido de Ovidio fue la hora de la merienda, cuando se sentaba con Belén y con Romén a tomar zumo de melocotón y pan con chocolate mientras que Inés preparaba los materiales de clase para el día siguiente.

Peñaflor, Sevilla a 16 de Junio de 2011.

This work is licensed under the Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 3.0 Spain License. To view a copy of this license, visit <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/es/> or send a letter to Creative Commons, 444 Castro Street, Suite 900, Mountain View, California, 94041, USA.